

Borja Fernández Zurrón

Ilustrado por Sara González García

ESTO ES LA GUERRA!

**UNA HISTORIA VISUAL
DE LAS GUERRAS DEL SIGLO XX**



El libro del canal de YouTube

MEMORIAS DE PEZ

la esfera  de los libros

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	9
<i>Introducción. El XIX, el siglo que lo cambió todo</i>	13
1. La carrera colonial	19
2. La Primera Guerra Mundial	28
3. El origen y los primeros años de la URSS	41
4. La Guerra Civil Española	52
5. La Segunda Guerra Mundial	64
6. La Guerra Fría	93
7. La guerra civil china y el despertar del gigante	98
8. El conflicto coreano	105
9. El conflicto árabe-israelí	111
10. La Guerra de Vietnam	118
11. La Guerra de Afganistán	124
12. La Guerra de las Malvinas	129
13. La Guerra del Golfo	133
14. El conflicto de los Balcanes	138
15. La guerra de Ruanda	144
<i>Epílogo. El mundo hacia el siglo XXI</i>	150

PRÓLOGO

● ¿Cuál es tu siglo favorito? Esta es una de las primeras preguntas que hago cuando conozco a alguien. De primeras es chocante para el receptor de la cuestión, y a menudo es algo que la gente común, no acostumbrada a tener a la historia los 365 días del año en la cabeza, no se ha preguntado nunca. Cuando hago esa pregunta hay tres momentos en los que se aprende mucho de la persona con la que estás hablando. El primero es la cara con la que afronta los segundos posteriores al interrogante. El segundo es la predisposición para contestar a la pregunta. Muchas personas se ríen nerviosamente y no quieren responder por miedo a dar una contestación mala o errónea. Pero no hay respuestas malas, simplemente es una herramienta que utilizo para intentar conocer la personalidad de alguien en poco tiempo. El tercer y más interesante momento es el proceso de análisis y razonamiento que los que están dispuestos a contestar hacen en vivo y en directo, sin anestesia. Algún día haré un libro con las respuestas que he recibido a tal pregunta, porque las hay muy interesantes y también muy surrealistas.

Sin embargo, hay algo que une a todos los receptores de la ya mítica pregunta entre mis círculos. Y es que, bien de primeras para ganar tiempo o encontrar inspiración en mis palabras, o bien tras argumentar una precisa respuesta, todo el mundo pregunta lo mismo ¿Y el tuyo? Mi respuesta es siempre la misma, el siglo xx sin duda. La rotundidad de la contestación provoca una segunda pregunta automática ¿Y por qué? Pues este libro viene a contestar a esta pregunta.

El siglo xx es en mi opinión el más apasionante de todos cuantos ha habido. Es cierto que la grandeza del siglo xx no podría existir sin el proceso exponencial de evolución de nuestra sociedad que se puso en marcha en el siglo xix, pero a pesar de que este se lleva la medalla de plata de mi *ranking*, el siglo xx es otro rollo. Cuando hablo de este siglo me gusta hablar de que es el punto de inflexión de la humanidad. Durante el siglo xx el ser humano ha sido capaz de enzarzarse en los mayores conflictos de la historia como fueron las guerras mundiales o la guerra civil china. También durante este siglo vimos cómo dictadores de distinta ideología y condición masacraron a su propia población, muchos de ellos impunemente. A su vez el siglo xx es el fin de la hegemonía europea que tradicionalmente había marcado el rumbo de la historia. En cien años todo cambió y gran parte de estos cambios surgieron a base de verter sangre y provocar sufrimiento a millones de personas.

Y con este percal es normal que te preguntes, ¿y por qué es tu siglo favorito? ¿Solo porque ha habido guerras? Bueno, es indudable que para el aficionado a la historia todos los conflictos geopolíticos tienen su punto interesante y que muchos nos sentimos fascinados y atraídos por los procesos sociales y políticos que se pueden dar en situaciones tan extremas. Pero no todo el siglo xx es tan negro como parece.

En el siglo xx la humanidad ha sido capaz de enmendar algunos errores que cometió fruto de su inmadurez y su, a *priori*, poca adaptabilidad a un mundo tan cambiante. De hecho, las grandes potencias mundiales del siglo xx se han preocupado de desarrollar diversas herramientas que hasta el día de hoy evitan los grandes conflictos mundiales a gran escala. El siglo xx, a pesar de que ha sido testigo de los mayores conflictos de la humanidad, también ha sido el siglo que ha vivido un periodo de paz más prolongado entre las mayores potencias mundiales. ¿Y por qué? La respuesta la tenemos en el propio progreso de la humanidad como especie. El progreso tecnológico, industrial y científico nos ha traído dos cosas muy diferentes entre sí pero que se complementan muy bien, las armas de destrucción masiva y el comercio.

Por paradójico que parezca, la tecnología nuclear capaz de desarrollar bombas que pueden acabar en segundos con ciudades enteras ha salvado al mundo de que episodios como la Segunda Guerra Mundial vuelvan a suceder. La carrera armamentística de la Guerra Fría, tras la que gran parte de las principales potencias mundiales obtuvieron inmensos arsenales nucleares, ha provocado que en caso de conflicto bélico entre estos países, la mutua destrucción de todos los contendientes esté prácticamente asegurada. Esto simplemente ha quitado incentivos a las grandes potencias para enfrentarse entre sí, puesto que a ningún estado le interesa la destrucción de su propio país, y todos los gobiernos tienen mucho que perder. El poder de la disuasión nuclear.

Por si esto fuera poco, la tecnología en el siglo xx ha traído también la globalización casi total del planeta. El abaratamiento de los transportes, fruto de que estos son más eficientes y pueden trasladar un mayor volumen de personas y mercancías con un menor coste, ha provocado el auge del comercio internacional. Por ello, los países ya no producen todo tipo de bienes, servicios, materias primas y fuentes de energía para autoabastecerse, sino que se especializan en industrias concretas. Es decir, hacen aquello que se les da mejor hacer. Todo aquello que no se produce en un país concreto se compra a otro. De esta manera se ha creado una serie de relaciones de dependencia entre países que disuaden a estos de ir a la guerra. Los que mejor entendieron este concepto fueron los europeos. Tras innumerables guerras a lo largo de la historia entre las potencias de la Europa Occidental, los gobiernos de las principales naciones europeas concluyeron que solo una unión comercial podía hacer al continente no volver a caer en los errores del pasado.

Cada conflicto en Europa se pagaba más caro que el anterior, puesto que por el progreso de la industria militar el material que poseían las naciones europeas para luchar entre sí era cada vez más destructivo. De esta manera la llamada Gran Guerra, que no era otra que la Primera Guerra Mundial, parecía que había supuesto el clímax de la autodestrucción europea. Sin embargo apenas 25 años después la Segunda Guerra Mundial dejaba a la Gran Guerra como un juego de niños en lo que a destrucción respecta. Desde la unión comercial de los países europeos que dio paso a una mayor integración política, las grandes potencias del Viejo Continente no solo no han ido a la guerra de nuevo, sino que han conseguido cohesionarse hasta el punto de mostrarse como un solo ente común en los mercados y la geopolítica internacional.

El progreso tecnológico no solo ha hecho al mundo más seguro, sino también mejor. La esperanza de vida prácticamente se duplicó durante el siglo xx y todos los indicadores de desarrollo humano mejoraron. A falta de ver qué ocurre durante el siglo xxi, podemos decir sin miedo a equivocarnos que el xx fue de lejos el siglo en el que la humanidad más avanzó en industria, tecnología, ciencia y medicina. También se llevaron a cabo profundos cambios sociales, sobre todo en los países desarrollados, como la adopción masiva del sufragio universal o el comienzo de la liberación de la mujer en los países occidentales.

El capitalismo es sin duda el ganador del siglo xx. Capaz de derrotar los planteamientos marxistas, el capitalismo ha traído al mundo un espectacular crecimiento absoluto en términos económicos. El problema es que también trajo consigo el aumento prácticamente irreversible de las desigualdades entre sociedades, países y sobre todo entre clases. En el sistema capitalista el capital es la herramienta para crear más capital, lo que ha hecho que si todo el resto de variables permanecen constantes, cuanto más capital tengas más vas a poder generar. Esto ha provocado que la tendencia durante todo el siglo haya sido de un aumento de la desigualdad entre las clases más altas y las más bajas de la sociedad. No obstante, no se puede perder de vista que, a pesar del aumento de las desigualdades, durante el siglo xx la situación general de toda la humanidad ha mejorado en términos de riqueza. De hecho la pobreza mundial ha experimentado una reducción significativa de un 80 por ciento, pasando del 27 por ciento en 1970 al 5 en 2005.

Si decía que el gran ganador del siglo xx es el capitalismo, podemos también concluir que el otro ganador de este periodo ha sido su mejor soldado, Estados Unidos. A la hegemonía del Imperio británico del siglo xix, que controlaba un cuarto del territorio mundial, le ha sucedido el despertar de su antigua colonia. Al coloso estadounidense le valió apenas un tercio de siglo para erigirse como la principal potencia mundial. Desde entonces su hegemonía no pudo ser discutida por ninguna otra potencia durante el resto del siglo.

Todos estos procesos, complejos, fascinantes, caprichosos y a menudo desconocidos son los que te encontrarás en este libro que abordo con el mismo espíritu que los vídeos de Memorias de Pez. Un libro en el que darás una vuelta por todos los principales conflictos y procesos del siglo xx, que no solo han convertido a este siglo en mi favorito, sino que además han dado forma al mundo en el que vivimos.

INTRODUCCIÓN

El XIX, el siglo que lo cambió todo

El siglo del cambio. Me gusta afirmar que el siglo XIX comenzó con 11 años de adelanto y que su puesta de largo fue la Revolución Francesa. Con esta el mundo cambió para siempre. El Antiguo Régimen, como se conocía al sistema político que dominaba la Europa del siglo XVIII, comenzó entonces su declive, un declive que ninguna monarquía europea supo detener. El pilar fundamental del Antiguo Régimen era el absolutismo, el cual no era otra cosa que un sistema de gobierno en el que reyes todopoderosos concentraban todo el poder.

Sin embargo, una nueva clase social que había germinado al calor de la Revolución Industrial comenzada en el 1750 iba a ponerlo todo patas arriba. Hablamos de la burguesía. Al principio se llamaba burguesía a los habitantes de los burgos, es decir, de las ciudades y era una clase social curiosa que rompía los esquemas de las sociedades, ya que no eran privilegiados, es decir, no pertenecían a la nobleza, pero tampoco estaban encuadrados dentro del campesinado. Hablamos principalmente de artesanos y comerciantes. A los cuales, que durante la Edad Moderna podían llegar a ser ricos comerciando con especias, metales y piedras preciosas o productos manufacturados, se les presentó delante de las narices una oportunidad de oro: el progreso tecnológico.

A mediados del siglo XVIII, comenzó la primera Revolución Industrial. Revolución que se aceleró con la llegada de la máquina de vapor patentada por James Watt en 1769, que trajo consigo el gran desarrollo de los transportes. Barcos de vapor y ferrocarriles eran capaces de llevar mucha más mercancía a menor precio y en un tiempo mucho más reducido. También industrias como la minera o la textil pronto se mecanizaron y se hicieron mucho más eficientes y por tanto rentables. El reino de Gran Bretaña fue el principal responsable de esta revolución a la que pronto se sumarían países como el recién creado Estados Unidos o Francia.

El caso es que alguien tenía que asumir los riesgos de crear todas estas industrias, de hacer las pertinentes inversiones y de gestionar las nuevas fábricas que comenzaban a surtir a un mundo que poco a poco se globalizaba. Y precisamente fue la antigua burguesía, los comerciantes y artesanos más acaudalados, los que con sus fortunas asumieron esta

tarea. De esta forma la burguesía prosperó y comenzó a comerle la tostada a la antigua nobleza, que vivía de las rentas y que veía cómo día a día su influencia política y económica iba disminuyendo.

Pronto la nueva burguesía empoderada chocó con todas las clases privilegiadas del Antiguo Régimen. Se veía a sí misma como la clase que hacía que el mundo funcionara, y si esto era así, ¿por qué tenían que ser fritos a impuestos para alimentar a la corona y a la nobleza? ¿Por qué no había igualdad de derechos y seguía habiendo una clase social privilegiada? ¿Por qué tenían que sentirse oprimidos ante los caprichos de un rey absolutista al que no le debían nada? Todas estas preguntas desembocaron en una conciencia de clase que incluía todos los principios de la Ilustración. Unas ideas liberadoras que calaron incluso entre las clases populares. Y es que a todo oprimido le suena bien eso de la libertad.

De esta forma el siglo XVIII fue una olla a presión que cada vez estaba más cerca de explotar. Los primeros en rebelarse fueron las Trece Colonias inglesas de América del Norte, las cuales estaban hartas de pagar abusivos impuestos a la corona británica. Los estadounidenses estuvieron decididos a ir con todo y le declararon la guerra a su propia metrópoli, el reino de Gran Bretaña. Y no solo eso, sino que apoyados por Francia y España, consiguieron la independencia. Los Estados Unidos de América acababan de nacer y la primera gran revolución burguesa había sido un éxito.

En Francia tomaron buena nota de este hecho llevando su revolución un paso más allá. De esta forma en 1789 la burguesía, bien secundada por las clases populares, se alzó en armas contra la monarquía absoluta de Luis XVI. Al grito de «Libertad, igualdad, y fraternidad», Francia no solo derrocó a su rey, sino que además le cortó la cabeza. El 14 de julio de 1789 el pueblo francés, al que se le unió buena parte del ejército, asaltó la Bastilla convirtiendo el asalto en el gran símbolo que marca un antes y un después en la historia de la humanidad. Tanto es así que son muchos los historiadores que consideran este punto el fin de la Edad Moderna y el inicio de la Edad Contemporánea. Este cambio no solo supuso el ocaso de la nobleza, sino también una pérdida de poder e influencia de otra clase social privilegiada, el clero. Privilegios como el diezmo, la servidumbre personal que había dado forma al feudalismo o las justicias señoriales, fueron completamente abolidos.

Si la burguesía francesa había tomado nota del ejemplo de la burguesía estadounidense, la burguesía española nacida en América, los conocidos como criollos, tomaron buena nota de ambos. Los criollos eran ciudadanos nacidos en los territorios españoles del continente americano, descendientes de antepasados nacidos en la España peninsular. Por lo general la élite social de los territorios españoles de ultramar estaba compuesta por criollos que se habían ganado el favor real o que amasaban grandes fortunas nacidas del comercio ameri-

cano. El problema es que a medida que la corona española necesitaba más y más dinero, los impuestos a esta élite criolla aumentaban. Todo esto desembocó en un completo malestar de las élites criollas contra la corona, que aumentó con la famosa derrota en la batalla de Trafalgar, en la que España se convirtió de una vez por todas en una potencia marítima de segunda. Si la corona española no estaba en condiciones ni siquiera de defender sus posesiones en América, ¿para qué quería la élite criolla a la corona española?

El colmo fue la invasión de la España peninsular por parte de Napoleón Bonaparte. Ahora sí, en la mayoría de territorios americanos españoles surgieron rebeliones contra la corona con un solo fin, la independencia. Estas rebeliones fueron también apoyadas por las clases populares mestizas e indígenas e incluso por esclavos negros traídos de África a lo largo de varios siglos.

Así fue como durante el primer tercio del XIX España perdió casi todas sus posesiones americanas de ultramar. Tan solo Cuba y Puerto Rico siguieron siendo españolas durante unas décadas más. Así fue como surgieron la mayor parte de los países que actualmente conforman América Latina.

El XIX es un siglo en el que se abren grandes brechas entre los países industrializados y los no industrializados. Esto se debe a que la industrialización aumenta la productividad de los países y mientras que unos convierten sus economías en engranajes casi perfectos que funcionan como un reloj y que son máquinas de generar beneficios, otros apenas son capaces de aumentar su PIB, lo que se traduce en que las grandes potencias industriales experimentan un gran desarrollo demográfico, un nuevo auge de las ciudades, y son capaces de comprar y producir más y mejor armamento con el que expandir sus imperios por todo el mundo. Es la gran época del Imperio británico, el más grande que se haya conocido nunca que dominaba grandes extensiones de tierra en sitios tan dispares como Canadá, Australia, Sudáfrica y la India.

A mitad de siglo da comienzo la llamada Segunda Revolución Industrial, amparada en nuevos inventos que de nuevo cambiarán el mundo y que comienzan a dar forma a la humanidad tal y como hoy la conocemos. Hablamos de avances tan importantes como el motor de combustión interna y la energía eléctrica. Jamás la humanidad se desarrolló a una velocidad tan alta como a partir de estos dos avances. Para entonces Europa ya contaba con varias potencias industriales. Hablamos de Reino Unido, Francia, Alemania, Bélgica y Países Bajos. Cinco países que con permiso de la gran potencia americana, que era Estados Unidos, y con el de Rusia, que para entonces seguía siendo un país rural pero demográficamente muy potente, iban a repartirse el mundo. Si a estas alturas aún te preguntas acerca del papel de España, pues será breve y conciso. Un cero a la izquierda del mundo. Inmersa en tres guerras

civiles, las llamadas Guerras Carlistas, España se desgastaba en luchas internas y, privada de su antiguo imperio, la industrialización no era más que un sueño lejano que apenas había llegado a ciertas partes de Cataluña, Asturias y el País Vasco de forma independiente.

Pero volvamos a Europa. El caso es que la lucha entre sí de estas potencias industriales europeas por hacerse con la hegemonía mundial se fue extendiendo, llegando en muchas ocasiones a los cañonazos. Así se libraron la Guerra de Crimea, la Guerra Austro-prusiana y sobre todo la Guerra Francoprusiana. Y así es como en medio de una creciente tensión en el seno de Europa, donde los países cada vez tenían más medios para destruirse los unos a los otros, el siglo XIX, el siglo del cambio, el punto de inflexión en la humanidad, se desvanecía mientras España perdía contra Estados Unidos los últimos restos de su imperio en una guerra que nunca hubiese podido ganar. Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Guam no volverían a ser ya territorios españoles.

1

LA CARRERA COLONIAL

El problema de tener muchos gallos en un gallinero es que no tardarán mucho en pelear cuando al menos dos de ellos se sientan lo suficientemente fuertes para quedarse con el control del corral. Esto es lo que pasó en la Europa de finales del siglo XIX y principios del XX.

La industria europea crecía y crecía y el PIB de todas las potencias no dejaba de aumentar. Los nuevos métodos industriales cada vez eran más sofisticados y eficientes y para que la maquinaria siguiese engrasada y trabajando cien por cien solo se necesitaba una cosa: materias primas. La mayor parte de las minas y de la tierra cultivada de los países industrializados estaban ya siendo explotadas, por lo que todas las potencias pusieron sus ojos en África, un territorio que hasta entonces no había tenido ningún interés para nadie. Hasta el comienzo del siglo XX extraer materias primas en África y traerlas a Europa no era nada rentable, llevaba muchísimo tiempo, costaba mucho llevar el material de las minas a los puertos y los barcos podían transportar muy pocas toneladas de materiales. Sin embargo, con la industrialización todo eso había cambiado. Las minas africanas se podían mecanizar y los barcos podían llevar muchas más toneladas de materias primas. Por si fuera poco, el auge del ferrocarril permitía construir vías férreas que uniesen directamente las minas con los puertos. De hecho, si se consulta un mapa de las vías férreas africanas, a día de hoy todavía se ve que la mayor parte de las infraestructuras férreas construidas tienen como objetivo conectar minas con puertos. Todos estos avances provocaron que bajase el precio de importación de las materias primas africanas a Europa, lo que a su vez hizo que otras materias primas como el caucho, el algodón o el propio té, también fuesen importadas de África.



El problema para las potencias europeas era que en África no había unos estados fuertes con los que negociar, por lo que la única opción para crear las infraestructuras pertinentes, controlar las minas y aprovecharse de los cultivos era colonizar el territorio. Además, esto iba a dar a las potencias industriales acceso a un nuevo mercado en el que millones de

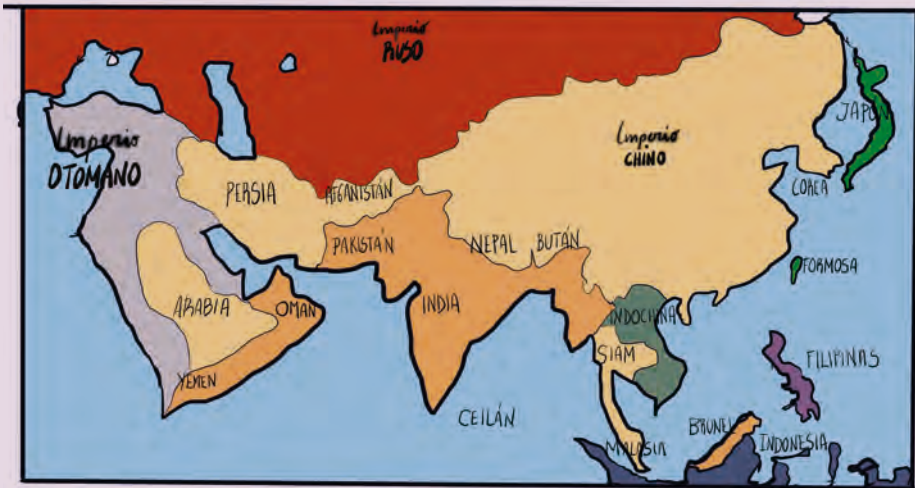
africanos podrían consumir los productos que se fabricaban en las industrias europeas. Y es que la balanza comercial de países como Reino Unido era muy negativa, es decir, importaban mucho y exportaban poco. Por lo que estos nuevos territorios proporcionarán un nuevo mercado al que vender todo tipo de productos manufacturados.

En 1880, Alemania comenzó de la mano de Otto von Bismark su expansión internacional y, aunque Asia fue un importante teatro de operaciones, el bacalao, por todo lo que hemos visto antes, se cortó en África.

Para entonces, países como Francia, Reino Unido y Portugal tenían una tímida presencia en zonas costeras muy concretas del continente. El interior de África apenas estaba explorado y este estaba controlado por una serie de reinos autóctonos sin unos límites claramente marcados. En 1914, toda África, excepto Etiopía, Liberia y el sur de Libia, estaba ya en manos europeas. La colonización de África fue una carrera en toda regla. Reino Unido, Francia, Alemania y Bélgica trataron de hacerse con la mayor cantidad de territorios posible. También Italia, Portugal e incluso España entraron en esta carrera, haciéndose con territorios con los que habían estado ligados en épocas pasadas.



EL REPARTO DE ASIA



- FRANCIA
- INGLATERRA
- RUSIA
- EEUU (1898)
- JAPÓN
- HOLANDA
- INDEPENDIENTE

La carrera colonial también llegó a Asia. El mayor continente del mundo era origen de productos muy codiciados en Europa, que entonces era el motor del progreso mundial. La porcelana, la seda y las especias llevaban siendo productos de lujo en Europa desde la llegada de los portugueses y españoles a la zona en el siglo XVI. Sin embargo a finales del siglo XIX y principios del XX, al igual que pasaba en África, las potencias europeas adquirieron mejores transportes que les permitían explotar también los recursos mineros asiáticos de forma rentable. Así que a partir de 1870 las grandes potencias europeas con territorios en la zona comenzaron a expandir sus imperios por Asia. Reino Unido se centró en Oriente Próximo, la India y Oceanía. Francia consolidó sus territorios en Indochina. Los Países Bajos se hicieron fuertes en la actual Indonesia, mientras que los alemanes lo hicieron en Papúa y el archipiélago de Micronesia. Estados Unidos se quiso sumar a la fiesta tomando las Filipinas de manos españolas.

A todo esto había que sumarle la existencia de potencias regionales que ya tenían economías importantes asentadas en la zona, como era el caso de Japón y del Imperio ruso.

El problema llegó cuando en esta carrera colonial los territorios a colonizar empezaban a escasear y enseguida surgieron roces entre las potencias europeas, que se solventaron de forma relativamente pacífica dando lugar a enormes fronteras rectilíneas hechas con escuadra y cartabón, que aún hoy en día se pueden ver por toda África y que tantos problemas causarán en el futuro al continente.

Esta situación, unida al crecimiento industrial de Alemania en la segunda mitad del siglo XIX, hizo que Francia y Reino Unido se pusieran muy pero que muy nerviosos y la tensión en el mundo se pudiese cortar a cuchillo.

La solución que encontraron las potencias europeas fue forjar alianzas entre países, hasta que se formaron dos bloques rivales. El primer bloque se llamó la Triple Alianza, formada por Alemania, el Imperio austrohúngaro e Italia. El bloque contrario a la Triple Alianza se llamó la Triple Entente y estaba formado por Reino Unido, Francia y el Imperio ruso. Las tensiones entre ambos bandos comenzaron a crecer y a crecer hasta que Europa se convirtió en un polvorín con estados más pequeños que a su vez tenían alianzas con los estados más grandes, haciendo que cualquier mecha pudiese hacer explotar todo por los aires.

El genocidio congoleño

Antes de ver cómo se solucionaron todas estas tensiones, hay que hablar de uno de los episodios más negros de la historia del ser humano. Hablamos de la colonización belga del Congo. Hablar de la colonización del Congo es hablar de un hombre, el rey Leopoldo II de



Bélgica, un rey autoritario y excéntrico que se obsesionó con extender su amado reino de Bélgica. Leopoldo II fijó su vista en el Congo y mandó varias expediciones a la zona, las cuales se encargaron de engañar a distintos jefes tribales para firmar tratados absurdos que dotaban de legalidad internacional a la colonización del Congo. Y no hablamos de tonterías, hablamos de que Leopoldo II se hizo con un vasto territorio que multiplicaba por 80 la extensión de Bélgica. En total, un territorio de 2.600.000 km² que Leopoldo II convirtió en su finca privada desde la que comerciar y lucrarse personalmente con ingentes cantidades de caucho y marfil. El rey belga llegó a amasar una fortuna equivalente a los mil millones de dólares actuales. Este país colonizado personalmente por Leopoldo II recibió el nombre de Estado Libre del Congo y no fue cedido a Bélgica y anexionado por el Congo Belga hasta el año 1908.

Leopoldo II puso el Estado Libre del Congo en manos de empresas privadas, las cuales podían hacer prácticamente lo que querían con tal de que respetaran un mandamiento que no era otro que extraer caucho al precio más bajo posible. Para facilitar las cosas, se creó un ejército paramilitar nativo para asegurar que los trabajadores no se rebelasen y cumplieren con sus labores. Fruto de la violencia impune de los administradores del Estado Libre del Congo, del hambre y sobre todo de las enfermedades, entre 1889 y 1908 la población del Estado Libre del Congo se redujo en una cantidad estimada de entre 10 y 15 millones de personas. Allí las brutalidades más sanguinarias estuvieron a la orden del día. Aparte del brutal esclavismo empleado para la recolección del caucho, a menudo se cometían masacres, se destruían aldeas, se llevaban a cabo violaciones e incluso se llegó a obligar a los jóvenes a violar y a asesinar a sus propias madres y hermanas.

La mutilación de los brazos derechos de los indígenas fue el gran símbolo del genocidio belga. La historia es bastante sencilla de explicar. Todo parte de una premisa, si un pueblo no cumplía con la cuota de caucho que debía entregar, el pueblo era arrasado y sus habitantes asesinados. A su vez, para evitar que los soldados nativos se gastasen la munición en cazar, a estos se les exigía la mano derecha de sus víctimas cada vez que disparaban como prueba de que su munición la habían gastado asesinando a alguien.

Por tanto, la única manera que tenían los pueblos de compensar que no llegasen a las cuotas de caucho impuestas era presentando brazos, que supuestamente equivalían a muertos ante la autoridad europea. Por ello, muchos pueblos asaltaban a otros pueblos vecinos con el único fin de mutilar y recolectar brazos. Finalmente los brazos cortados se convirtieron en una especie de moneda con la que se podía pagar casi todo, incluida la vida, así que las matanzas y mutilaciones provocadas por esta sanguinaria política se contaron por centenares de miles.

España en la carrera colonial

A la carrera colonial España llegó tarde y mal, pero siendo sinceros, el país no estaba para muchas fiestas. El siglo XIX había sido sin duda el más convulso de la historia de España. De hecho, en el siglo XIX el Imperio español dejó de ser un imperio y perdió todos sus territorios de ultramar. A la pérdida de casi todas sus posesiones americanas, se le sumó en 1898 la de Cuba, Puerto Rico, Guam y Filipinas tras una desigual guerra entre España y el mismísimo Estados Unidos, que ya asomaba la patita como la gran potencia en la que iba a convertirse en apenas unos años. Lamentablemente Estados Unidos no tuvo piedad con su antiguo aliado, un Imperio español que había sido clave en la independencia de Estados Unidos de América menos de siglo y medio antes.

Los primeros flirteos de España con la colonización africana fueron a mediados del siglo XIX. Es posible que en la mente de los gobernantes de la época y de la reina Isabel II hubiese un cierto deseo de resarcirse por la pérdida del imperio americano. A sus ojos, la colonización de África podría dar pie a que España recuperase su puesto entre las grandes potencias mundiales. Sin embargo, las causas de la primera guerra entre España y el sultanato de Marruecos, la llamada Guerra de África, fueron muy concretas. Desde 1840 los rifeños, una etnia bereber que poblaba la región del Rif al norte de Marruecos, llevaban perpetrando diversos ataques e incursiones contra las ciudades españolas de Ceuta y Melilla. A esos ataques Marruecos respondía haciendo la vista gorda y obligando al ejército español a adentrarse en territorio marroquí para dar respuesta a las operaciones rifeñas. Por si esto fuera poco, Marruecos también hacía la vista gorda con la piratería que tenía como base las costas de su territorio. El conflicto acabó desembocando en una guerra abierta con Marruecos. La decisiva victoria española en la batalla de Wad-Ras hizo al sultanato de Marruecos pedir un tratado de paz con España. Una curiosidad: los leones del Congreso de los Diputados están fabricados con el bronce de los cañones marroquíes capturados en la batalla.

El tratado que se firmó, conocido como el Tratado de Wad-Ras, fue el pistoletazo de salida para la carrera colonial española en África. Una carrera que se afianzó y se hizo más importante entrado el siglo XX.



En 1884, las potencias europeas se reunieron en la Conferencia de Berlín organizada por el canciller de Alemania, el célebre Otto von Bismarck. Allí España reclamó tierras entre el Cabo Bojador y el Cabo Blanco, en lo que hoy en día es el Sáhara Occidental. Para evitar tensiones con Francia, ambos países firmaron el Tratado de París en el año 1900. En este se acordaron exactamente las fronteras de los territorios bajo dominio español y los territorios bajo dominio francés, tanto en el Sáhara Occidental como en el Golfo de Guinea. España dividió su territorio saharauí en dos, por un lado estaba Saguía el Hamra, al norte, y por otro el Río de Oro, al sur.

De esta manera España iniciaba el siglo xx con una pequeña aventura colonial que constaba de territorios en el Rif, en las inmediaciones de Ceuta y Melilla, en el Sáhara Occidental y en la llamada Guinea Española.

De entre todos estos territorios, el Rif fue el que sin duda acaparó más la atención del gobierno y la opinión pública española. Los culpables de esto eran los rifeños. Y es que las cabilas de rifeños serán durante décadas un auténtico dolor de cabeza para el gobierno español y una fuente inagotable de sangre que llegará a provocar crisis de gobierno, revueltas, y miles de muertos y heridos y familias destrozadas de por vida.

La Primera Guerra del Rif ocurrió entre 1893 y 1894 y tuvo como escenario principal las inmediaciones de Melilla y el propio Rif. La Guerra del Rif también es conocida como la Guerra de Margallo. Margallo era el gobernador de Melilla, el cual no destacaba precisamente por su mano izquierda con las cabilas. Margallo buscaba constantemente la confrontación y abogaba por la mano dura. De hecho, una provocación del gobernante español desató las hostilidades, al levantar un puesto militar alrededor de la tumba de una persona santa para los indígenas de la zona.

Un ejército de 6.000 rifeños atacó las murallas de Melilla, que estaba defendida por apenas unos cientos de hombres. Sin embargo, las posiciones españolas estaban bien fortificadas y los soldados contaban con el apoyo de artillería y armamento pesado mientras que los rifeños solo portaban fusiles. Tras una encarnizada batalla, los rifeños se tuvieron que retirar, siendo bombardeados en su huida por la artillería española. Uno de los proyectiles cayó sobre una mezquita, destruyéndola. Este hecho dio la vuelta a Marruecos y de todos los rincones llegaron soldados dispuestos a librar la yihad o guerra santa contra el agresor español. De esta manera las filas rifeñas pasaron de estar compuestas por 6.000 hombres, a estarlo por más de 25.000. Una ofensiva rifeña consiguió tomar las fortificaciones de Cabrerizas y Rostro Gordo. Margallo se puso personalmente al frente de un ataque con 2.000 infantes que desde Melilla tenía como objetivo recuperar los fuertes perdidos, y finalmente fue abatido de un disparo en la cabeza, lo que causó la desbandada hacia la ciudad de las tropas españolas. En esta batalla participó Miguel Primo de Rivera, un joven teniente que acabaría siendo dictador de España entre 1923 y 1930. Primo de Rivera destacó en combate y recibió la mayor condecoración de las Fuerzas Armadas Españolas, la Laureada de San Fernando.

Con Melilla sitiada, el frente se estabilizó, ya que los rifeños no podían atacar la ciudad sin armamento pesado y tanto la artillería de la ciudad como los barcos de guerra españoles hacían que cualquier intento de tomarla fuese un suicidio. España se apresuró a enviar 7.000 hombres de refuerzo, con el general Martínez Campos al frente. Además se optó por cambiar de estrategia y bombardear día y noche a los rifeños desde los barcos españoles, utilizando por primera vez en la historia reflectores eléctricos para localizar objetivos. Esto permitió causar graves bajas a los rifeños. Finalmente España firmó la paz directamente con el sultán de Marruecos, extendiendo sus territorios en el Norte de África.

El conflicto a las afueras de Melilla se reanudó en 1909 en la llamada Guerra de Melilla, donde los rifeños volvieron a poner en jaque a las tropas españolas. Esta vez el detonante no sería religioso, sino económico. Marruecos había dado concesiones a España para explotar los recursos mineros del Rif, algo a lo que las cabilas rifeñas se oponían. El problema para España fue que el sultán Bu Hamara, quien había firmado las concesiones, fue destronado. Aun así España decidió comenzar la construcción de dos minas y un ferrocarril cuya función era llevar el mineral y a los trabajadores de las minas a Melilla, donde estaba el principal puerto español.

La estrategia rifeña consistió entonces en atacar a los trabajadores que llevaban a cabo las obras de construcción de las minas y el ferrocarril. De esta manera fue tiroteado un grupo de trabajadores españoles, cuatro de los cuales murieron. España respondió con una fuerza desmedida, una gran operación militar que dio comienzo a la llamada Guerra de Melilla.

Para evitar disgustos, España se dedicó a movilizar muchos efectivos que venían de las principales ciudades españolas. Estos eran en su mayoría reservistas, es decir, padres de familia que de repente eran alejados de sus seres queridos y sin apenas preparación eran metidos en barcos hacia África, donde se les daba un fusil y se les lanzaba a luchar en pleno desierto contra los rifeños. La única manera de librarse de ir a la guerra era pagando 6.000 reales, algo que las clases populares no se podían permitir. Esta circunstancia de que solo los pobres fuesen a la guerra desencadenó una ola de protestas contra el reclutamiento sin precedentes, especialmente en Barcelona, donde se llevó a cabo una verdadera revolución que se conocerá como la Semana Trágica. Las protestas se saldaron con 78 muertos, más de 500 heridos y 112 edificios incendiados, de los que la mayoría pertenecían a la Iglesia. Los hechos fueron tan graves que acabaron desembocando en la dimisión de Antonio Maura al frente del gobierno.

En África las operaciones militares no iban nada bien. La última semana de julio fue un absoluto caos que desembocó en el Desastre del Barranco del Lobo, que se saldó con 752 bajas españolas y que hizo ver al alto mando la necesidad de preparar mejor a los reclutas y dotarlos de mejor armamento.

En agosto comenzó una nueva etapa en la guerra, en la que España intentaba sobreponerse a la situación inicial con una estrategia más sosegada que permitió a las fuerzas españolas ir recuperando poco a poco terreno y asegurar su vía férrea para finalmente conseguir que los rifeños firmaran la paz. Esta paz sería muy efímera, ya que entre los rifeños el odio contra España estaba muy extendido.

En 1912 Francia cedió a España la administración de 20.000 km² de Marruecos, entre los que se incluía la región montañosa del Rif. Oficialmente quedaba instaurado el protectorado Español de Marruecos. Durante los primeros años del protectorado, España tuvo que hacer frente a alguna rebelión, pero el estallido de la Primera Guerra Mundial hizo que la situación se mantuviera relativamente estable. Acabado el conflicto mundial, se reanudarán las hostilidades. Los rifeños llevaban tiempo reorganizándose en torno a la figura de Abd el-Krim quien no solo había organizado a los rifeños, sino que también tenía bastante controlados a muchos miembros de la policía indígena, que estaba al servicio de España, y que desertaban en los momentos clave.

En 1921 las tropas españolas toman posiciones en Annual como paso previo a la toma de Alhucemas, un fortín de la resistencia rifeña. Allí se producirá una de estas deserciones de policía indígena que precedieron a un duro ataque rifeño y la toma del Monte Igueriben, acabando con 339 de los 350 hombres que lo defendían. Tras esta toma estratégica los rifeños atacaron el campamento de Annual, donde los mandos españoles ordenaron la retirada

general, produciéndose una desbandada en la que los primeros en salir a la carrera fueron muchos oficiales del ejército. Algunos españoles se refugiaron en el fuerte de Monte Arruit, donde tras dos semanas cercados decidieron rendirse a cambio de que se respetasen sus vidas. Los rifeños accedieron, pero masacraron a los españoles una vez entregaron sus armas. La desbandada de Annual acabó con la vida de 9.454 españoles y 2.500 indígenas colaboracionistas. El desastre pudo ser mucho mayor, de no ser por las épicas cargas del Regimiento de Caballería Alcántara, que fue la única fuerza operativa que cubrió la desbandada. Las incontables heroicas cargas del regimiento, que se acabaron ejecutando incluso a pie cuando ya no quedaban caballos capaces de galopar, dejaron un balance de 541 muertos, siete heridos y 67 prisioneros. Es decir, 615 bajas de un total de 691 soldados.

El Desastre de Annual provocó una gran conmoción en la sociedad española, que pedía explicaciones por los graves errores militares, que salpicaban al propio rey Alfonso XIII. El gobierno de España se vio obligado a dimitir y se encargó un informe que explicase con detalle todos los fallos militares que desembocaron en la catástrofe, conocido como el Informe Picasso. Poco antes de la presentación de este informe, el militar Miguel Primo de Rivera dio un golpe de Estado con el beneplácito del rey, el 13 de septiembre de 1923.

Consciente de la grave situación que suponía que casi todo el protectorado de Marruecos estuviese en manos de Abd el-Krim, España decidió iniciar una nueva serie de operaciones conjuntas con Francia. Estas acciones fueron muy exitosas y tuvieron su clímax en el Desembarco de Alhucemas, llevado a cabo en 1925, tras el cual la resistencia rifeña quedó prácticamente liquidada. El de Alhucemas fue el primer desembarco aeronaval de la historia y sirvió al general Dwight D. Eisenhower para elaborar los planes del Desembarco de Normandía.

Desde entonces el Protectorado Español quedó prácticamente pacificado hasta la independencia de Marruecos en 1956, cuando el Rif fue desocupado. La Guerra de Ifni, que enfrentó a España con Marruecos en 1957 y de la que la España franquista salió victoriosa, marcó el principio del fin de la mayor parte de los territorios españoles en África. En 1968 concedió la independencia a Guinea Ecuatorial. Finalmente, debido a la presión internacional, España abandonó Ifni en 1969, para después abandonar el Sáhara Español en 1975, tras la llamada Marcha Verde marroquí.